



y siendo entrambos hombres corpulentos y de valor, trabaron una desesperada lucha.

LIT. DE GUERRA

CAPITULO LVII.

Lo que se llama tramar una conjuracion.

SE buscan ávidamente motivos que halaguen y tranquilicen el corazon, en situaciones angustiosas.

Y el mayordomo, que participaba del descontento general, diató su pecho al escuchar las palabras de su amigo y paisano el escribano.

Tiempo le faltaba para hablar con el contramaestre y los sargentos.

Y como la vanidad es una de las grandes debilidades del hombre, tambien la sentia el mayordomo al darles á entender á sus compañeros la intimidación que tenia con el contador, y al hacerles ofrecimientos para el día del triunfo.

El contramaestre y los sargentos se entusiasmaron con las proposiciones de éste, y todos convinieron en comparecer al lugar de la cita á la hora señalada.

La noche estaba tempestuosa y un aire caliente abrasaba las naves.

En tales circunstancias, debia sentirse con más vehemencia la influencia atmosférica.

Los espíritus de los tripulantes estaban febriles y sedientos de venganza.

Sólo deseaban una ocasion oportuna para pronunciarse abiertamente contra su silencioso y discreto jefe.

Y poseidos de semejantes sentimientos, acudieron uno tras

otro los conjurados al punto consabido, sin que nadie se apercibiese de que obedecían á una consigna.

En medio de un silencio profundo, aquellos cinco hombres no se vieron, porque las tinieblas de la noche no lo permitían, pero se sintieron reunidos.

El carácter de contador general de la expedición, Diego Porras, no debiera dejarle entrar en confianzas con quienes tanto distaban de él por sus ínfimas graduaciones, ó sus modestos cargos; pero el hombre ambicioso prescinde de todas las consideraciones, en gracia del buen éxito de sus propósitos.

—¿Estamos ya todos? preguntó.

—Todos te escuchan, contestó el mayordomo con cierto aire de arrogancia, para dar á conocer á sus camaradas la familiaridad que tenía con el contador.

Los demás nada decían.

—Bien sabéis que, tanto mi hermano Francisco como yo, nos interesamos por la suerte de cuantos tripulan estas dos pobres y desarboladas naves.

—Ya les he hecho comprender, añadió el mayordomo, que queréis salvar á la gente del grave peligro en que se encuentra.

—Estamos agradecidos á vuestros deseos, dijo el sargento Dominguez, y podeis contar con nosotros.

En igual sentido se expresó el otro sargento y el contra-maestre.

—¿Podré contar con vuestra reserva?

—Contad con nosotros, contestaron.

—Entonces nada de lo que pienso debo ocultaros; pero quiero que vosotros me habéis con igual franqueza.

—Os escuchamos con atención, dijo el sargento Fernandez.

—No es un secreto el disgusto y la desesperación de la

gente que tripula estas dos desarboladas naves.... Por algun tiempo se ha vivido con la esperanza; pero la esperanza ha desaparecido, y la ha reemplazado una realidad funesta. Las enfermedades del cuerpo y el abatimiento del alma van á concluir con la preciosa existencia de hombres jóvenes, á quienes debe sonreír un gran porvenir; de hombres que se han sacrificado y comprometido en esta arriesgada y penosa expedición. ¿Y es este el premio de nuestros afanes? ¿Es esta la recompensa de nuestros sufrimientos?

—Teneis razon, teneis razon, exclamaban las cinco voces.

—Callad, callad, que vuestro entusiasmo puede comprometeros. No sería prudente que diéramos la voz de alarma sin que ántes hubiéramos apurado la paciencia y recogido pruebas plenas de que la actitud del almirante es terrible y perjudicial para todos. Si hubiésemos hablado á la salida de la canoa de Mendez y Fiesco, hubiera podido dudarse de la sinceridad de nuestras palabras, pero hoy os podemos revelar un secreto que entonces quizá lo hubieseis puesto en duda.

—Decid, decid, exclamó sediento de curiosidad el contra-maestre.

—La única esperanza que os mantiene, y que mantiene vuestra disciplina, es el regreso de esa canoa y los socorros que en ella esperais. Pues bien; esa canoa no vuelve, esa canoa no volverá.... El tiempo que ha trascurrido abona mis palabras; pero creedme: ántes de salir esa nave, sabíamos que no volvería á visitar estas playas. Que no espere nunca el almirante una protección que le dé gloria y prestigio, con mengua de todos los que le acompañamos, corriendo tantos peligros y arrojando tantas contrariedades.

—Sin embargo, se permitió decir Dominguez en tono de objeción, que quería ver resuelta, el almirante revelaba en su fisonomía una gran confianza.

—Es verdad, añadió el contra maestre; pero yo creo todo cuanto nos está diciendo el señor contador.

—Vosotros no conocéis á esta clase de hombres. Comprenden de sobra el corazón de la gente sencilla é inexperta, y saben engañarla perfectamente.

—¡Quién lo diría! exclamó uno de los sargentos.

—Meditad un poco, meditad un poco, y os convencereis de que no os engaño, y comprendereis que es verdad cuanto os estoy manifestando. No os hablaria con tanta franqueza si no estuviera penetrado de que sabéis hacer buen uso de estos secretos, y de que puedo contar con vosotros para un plan en que todos estamos interesados igualmente.

Considerad bien las circunstancias en que se encuentra colocado el almirante, y vereis sin gran esfuerzo que su conducta no puede ser otra, si ha de conservar la fuerza de mando y el prestigio de la autoridad que está ejerciendo.

Conoce muy bien que nuestra aspiración más vehemente es volver á España, y volver con dinero.

—Eso es justo, dijo el mayordomo.

—Bien lo merecemos, añadió el sargento Dominguez, que por lo visto era más ambicioso que su compañero.

—Por eso mismo, y por que tanto mi hermano como yo apreciamos vuestra abnegación y vuestros sufrimientos en lo mucho que valen, no podemos ver con indiferencia el fin que os aguarda si no se acude á algun medio extraordinario y enérgico.

Las palabras del contador eran un resorte poderoso que movia los efectos de aquellos cinco hombres, que por sus cargos respectivos podian ejercer una influencia muy directa en el ánimo de todos cuantos se encontraban en las dos naves, que estaban amarradas para prestarse un auxilio recíproco.

Habia, sin embargo, que vencer una gran resistencia: la

resistencia que la gravedad y el sello del saber, que tanto resplandecian en Colon, oponian á todo proyecto de rebelión.

Y cuando el gran carácter está autorizado por una reputación gloriosa é inmarcesible, entónces se reviste de una fuerza suprema, que para ser vencida exige otra fuerza colosal.

Los hermanos Porras no desconocian todo esto, porque son verdades de buen sentido y las comprende el hombre ménos versado en la ciencia de la sociedad.

Si no hubiesen conocido el ascendiente natural que Colon ejercia sobre la gente que mandaba, tiempo haria que hubieran puesto en práctica sus malas artes, y que hubiesen convertido en hechos reales y positivos sus siniestras y maquiavélicas intenciones.

Si la gente de la expedición no se encontrara ya abrumada por el peso de tanta fatiga y de tanto sufrimiento, jamas se atreviera el contador á tomar una parte tan activa y directa en un plan tan alevoso.

Pero el sedicioso observa constantemente la situación de todos aquellos con quienes ha de contar para realizar sus propósitos, y eso hicieron los hermanos Porras con los que tripulaban la nave.

Los cobardes son astutos, y su falta de valor la suplen con recursos miserables.

Diego Porras confiaba mucho en su compañero de infamia, el mayordomo, y para asegurarse más de su lealtad en tan desleal empresa, procuró conquistar su vanidad y su egoismo.

Habia halagado su vanidad mostrándose íntimo amigo suyo ante aquella gente subalterna.

Y habia seducido su egoismo, haciéndole grandes ofrecimientos.

Y sin embargo, la voz del contador, á pesar de ser una voz silenciosa, porque así lo exigian las circunstancias del mo-

mento, se apagaba muchas veces, porque el temor de que el almirante descubriese su infernal trama le aterraba horriblemente.

Así es que cuando alguno de sus oyentes le interpelaba para hacerle alguna observacion ó dirigirle alguna pregunta, temblaba y se agitaba convulsivo, y temia que aun con la oscuridad de aquella noche tenebrosa se conociese su turbacion.

—¿Cómo sois capaces de esperar los socorros de Mendez y Fiesco? les decia. Recordad bien el dia en que salieron. Bien podreis recordarlos con sólo ver la diferencia de vuestros semblantes. Entónces todavía conservabais el vigor y la vida que trajisteis de vuestro país; pero hoy las arrugas del dolor y del sufrimiento surcan vuestro rostro, y abundantes canas matizan vuestras pobladas barbas.

Pues esos socorros que esperais como la única tabla de salvacion, ya os lo he dicho, no vendrán nunca.

El almirante nos está engañando, y tambien pretende engañarnos á nosotros; pero ha comprendido que con nosotros no jugará nunca, porque no somos gente ruda é inexperta.

—Tampoco nosotros, añadió el sargento Dominguez, herido en su amor propio.

—Pues bien, siguió el contador, todo cuanto se ha dicho respecto á ese socorro, es una farsa, es una impostura.

El almirante sabe perfectamente que, si no halaga la esperanza de cuantos estamos á sus órdenes, la rebelion estallará y se le despojará del mando; y hombres como Colon, tan ambiciosos, todo lo sacrifican á sus miradas particulares, y quieren convertir á todo el mundo en instrumento suyo, en esclavos de su caprichosa y codiciosa voluntad. Sólo así es como quiere tenernos sujetos, porque solo así podria encontrar en nosotros un apoyo que no merece.

¿Creeis, por ventura, que piensa en volver á España?

—Así lo ha dicho, contestó el mayordomo.

—¿Qué otra cosa podria decir para halagaros?

No se le ocultan á él vuestros fervientes deseos, y procura entreteneros con ilusiones engañosas.

Pero meditad un poco. Reflexionad sobre la posicion que ocupa el almirante en la corte de España.

Colon hoy no es el favorito de los reyes; no es el hombre lleno de honores y condecoraciones que está, como por un capricho de la fortuna, esclavo algun tiempo; no es, en fin, el hombre que está ejerciendo una maravillosa influencia sobre los soberanos.

Al fin se le conoció; se comprendieron sus propósitos, y decayó de la gracia que le venia dispensando la corte.

Colon no es hoy más que un desterrado.

¿Y qué proteccion esperais de un desterrado?

Creedme: es el mayor de los absurdos esperar en el almirante.

Y no sólo el destierro de España el que hoy le oprime; sino que tambien le está cerrada la Española.

En las críticas circunstancias en que se encuentra actualmente, sólo puede limitarse á permanecer aquí y á arrastrar á su infortunio á la gente que le rodea.

Si no abrigara profunda confianza en vuestra sinceridad, no os revelaria un secreto que lo aclara todo, y ante el cual no caben ya las dudas ni las conjeturas. Creo que me lo agradeceréis, no sólo porque os distingo con mi deferencia, sino porque es secreto que importa mucho á vuestro bienestar y á vuestra suerte.

—Decidlo pronto, exclamaron algunas voces, entrecortadas por la emocion y la ansiedad.

—Fiesco, el compañero de Mendez, es completamente nuestro.

—¿Y qué? dijo el mayordomo despues de una breve pausa.
—Que Fiesco no quiso marcharse sin estrechar con nosotros la mano de amigo, y darnos una prueba inequívoca y evidente de su verdadero afecto.

Colon quiso ganarle con dádivas y promesas, y él creyó oportuno hacerse el crédulo y pasar por engañado; pero comprendió que su salida era lo mejor para apartarse de estas regiones y para concluir de sufrir tanto, aceptó la mision y se marchó.

—¿A dónde? preguntó el mayordomo.
—A España, contestó el contador con aire grave y en el tono en que se habla cuando se cree haber conquistado un gran triunfo.

Esta contestacion impresionó hondamente á cuantos le escucharon.

—Pues nos engañan miserablemente, dijo uno de los sargentos.

—Nos engañan, exclamaron los demas con exaltada indignacion y subiendo la voz un punto más de lo que convenia á Diego Porras.

—No os alarmeis, les dijo, procurad calmaros, que nuestro deseo no es otro que vuestro bien, y por eso me he atrevido á hablaros sin rodeos, porque no quiero que ignoreis nada de lo que está pasando.

Pero tranquilizaos y procurad tener gran prudencia y discrecion para tomar las medidas que han de ser precisas para dar el golpe.

Portaos como hombres dignos de la mision que habeis de desempeñar. Si no contara con vuestra perspicacia y con vuestro conocimiento, no me hubiera atrevido á usar con vosotros un lenguaje tan franco y tan expresivo.

—No os arrepentireis de esa confianza: somos caballeros y cumpliremos como tales, dijo Dominguez.

—Mendez y Fiesco han ido á España para poner en juego todas las relaciones de Colon, é interesar á los reyes para que le levanten el destierro.

—Entónces, exclamó el mismo sargento, fácilmente se explica la tardanza que tanto nos agita y preocupa. Pero bueno es tenerlo presente, y así sabremos á qué atenernos.

—Para concluir, les dijo, el dia que se dé la voz que ha de poner término á situacion tan angustiosa, tendreis un jefe digno de tal empresa: este será mi hermano Francisco Martin, de cuyo valor y pericia no debeis dudar nunca. De acuerdo con él os he hablado, y en su nombre puedo deciros que conteis con su afecto y con el interes más generoso para hacer que en su dia se premien vuestros servicios. Tened en cuenta que las canoas de los indios y estas mismas naves, repuestas y aderezadas, podrán conducirnos á la Española, donde el gobernador Ovando, enemigo encarnizado de Colon nos recibirá con entusiasmo y aplaudirá nuestra resolucion.

Y cuando en la corte de España se sepa nuestro acuerdo y nuestro heroismo, tendremos en el obispo Fonseca un decidido protector, porque ya sabeis que conoce bien á Colon y que le quiere muy mal.

Impresionados fuertemente se separron aquellos cinco hombres pensando en la hora de la rebelion que habia de emanciparles de tan enojosa y crítica situacion.

Se acercaba el dia de Noche-Buena.

Y esa noche de dichosos recuerdos para todos los que allí se encontraban, pensando en su patria y en su hogar, fué una noche cruel y de sufrimiento.

Esta era una magnífica ocasion para dar el golpe; pero el

sargento Dominguez^r habia meditado mucho, y se inclinaba al lado de Colon, aunque de un modo pasivo.

Esta circunstancia hubiera contrariado los planes de los Porras si las privaciones y el hambre no hubieran apurado el sufrimiento de todos.

CAPITULO LVIII.

Un festin en víspera de un motin.



ASARON los conjurados el dia de Año Nuevo en medio de la más desenfrenada alegría.

Dispuestos como estaban á jugar el todo por el todo, procuraron reunir mayor cantidad de víveres, y quisieron celebrar con un festin la entrada del nuevo año.

—¿Qué puede suceder? dijo Francisco Martin Porras. ¿Qué el almirante se incomode, que nos prohíba entregarnos á la orgía?... ¡Ojalá! De este modo con no obedecerle le exasperamos, toma alguna medida violenta, nos rebelamos, y con un pretexto que justifique nuestra desobediencia, no habrá quien nos contenga.

Animados todos del mismo pensamiento, dispusieron lo necesario para el banquete.

El dia anterior habia regresado Bartolomé con sus tropas.

Su expedicion le habia puesto en relaciones con algunos caciques, los que le habian provisto de víveres y le habian ofrecido llevar á los buques de quince en quince soles nuevas provisiones.

Los dos hermanos Porras, que capitaneaban la insurreccion, se pusieron de acuerdo con el mayordomo.

—Tú vas á prender fuego á la mina, le dijo Francisco.

—¿De qué modo?

—Manifestando al almirante nuestra resolucion.